La ebriedad sin tiempo:

presencia de Darío Jaramillo

Sergio Pitol

El azar y la admiración se convierten en estas páginas en cómplices de Sergio Pitol, quien nos relata sus encuentros con el escritor colombiano Darío Jaramillo Agudelo. Primero conoció sus versos y sus renglones entre tazas de té y charlas literarias; después, su poesía, sus novelas y al propio Jaramillo en lugares tan distantes como Colorado, Buenos Aires o Madrid. He aquí un tejido de recuerdos que sostienen más de una década de amistad entre dos hombres de letras, entre dos grandes conocedores y amantes de la literatura.

© E. Q. Montilla

El té de las cinco y la poesía

Allá por los cincuenta del siglo pasado tuve la dicha de conocer a un buen número de colombianos en México, residentes temporalmente en la capital mexicana para evadir la asfixia, o los atropellos, de un gobierno militar y absolutista, el de Rojas Pinilla.

En la Facultad de Filosofía y Letras conocí a dos estudiantes de Cali, doña Rosario Gamboa y su hija, Lucy Bonilla. La madre cursaba un seminario sobre Heidegger, con José Gaos, quien acababa de traducir *El ser y el tiempo*; y la hija estaba inscrita en el primer curso, también de filosofía. Yo llevaba unas materias de letras y coincidía con Lucy en una optativa sobre historia del arte. Es casi seguro que fuera en el café de la facultad donde establecí amistad con ambas. Por haber llegado recientemente a México me propuse mostrarles algunos lugares interesantes de la capital. Mi amigo Luis Prieto, perito en los varios estilos de arquitectura novohispana, nos acompañaba casi siempre. Las mañanas de los sábados las dedicábamos a esos recorridos y en la tarde las visitábamos a la hora del té. Nunca había conocido a ningún colombiano, a no ser en las novelas, un elenco, pues, reducidísimo: a la Fermina Márquez de Valery Larbaud y a los protagonistas que se tragó la selva en *La vorágine*.

Los tés de las cinco fueron parte importantísima de la educación sentimental para varios jóvenes mexica-

Jesús María Zamora, *Sin título*, 1910

nos de mi generación. Doña Rosario tenía cinco hijas, la menor era Lucy, dos de las otras, Esperanza y Marta, pasaban largas temporadas con su madre; las dos restantes no tienen ningún interés para esta historia. Esperanza era también filósofa y había hecho un posgrado en una universidad norteamericana. Durante el té se hablaba constantemente de fenomenología y existencialismo, de Heidegger, de Jaspers, de Sartre, pero también de las sórdidas noticias recibidas de Colombia, aunque siempre, omnipotente, estaba en el aire la poesía. Bastaba una alusión a ella para que la reunión se iluminara. La poesía era el reino, el jardín, el auténtico paraíso de esas damas estudiosas. Aún en la conversación cotidiana, la más rudimentaria, se entreveraban los versos, a veces se ampliaban en estrofas o aún en poemas completos. Esperanza Bonilla, la doctorada en Estados Unidos, decía largos trozos de *Miércoles de ceniza*, de *La tierra baldía* y, con mucha frecuencia, *Los hombres huecos* en inglés o en castellano en la sonora traducción de León Felipe; cuando lo hacía en esa versión doña Rosario y sus otras dos hijas la repetían con ella en voz baja como un coro en una celebración religiosa, con los ojos velados, no se sabía si fijos en el horizonte o en las propias entrañas. Pero apenas terminadas las estrofas finales alzaban la voz:

Porque tuyo es…
La vida es…
Porque tuyo es…

* * *

De este modo se acaba el mundo
de este modo se acaba el mundo
de este modo se acaba el mundo
no de un golpe seco sino
en un largo plañido.

Y luego, sin ninguna pausa, proseguía la conversación; las tazas tintilaban alegremente, la anfitriona cortaba nuevas porciones de una exquisita rosca, Lucy inquiría quién prefería tostadas con mantequilla y Marta volvía a llenar nuestras tazas. Luis Prieto hacía parodias desaforadas sobre situaciones y personajes mexicanos que nos hacían llorar de risa, porque, hay que decirlo, esas señoras eran también extraordinariamente receptivas al sentido del humor.

En fin, entre las discusiones metafísicas, la preocupación por los familiares y amigos dejados en una Colombia cruenta, y el clima carnavalesco que nosotros, los jóvenes universitarios mexicanos, creábamos en aquel recinto, aparecía a cada instante la poesía. El repertorio era el de la época: Neruda, Vallejo, Mistral, Juan Ramón, Alberti y García Lorca, de quien Marta Bonilla sabía casi de memoria *Poeta en Nueva York*, y los poetas colombianos: Silva, Barba Jacob, de quien sólo conocíamos su leyenda negra, y León de Greiff, desconocido

Gonzalo Ariza, *Camino de la boca del monte*, 1955

por entero, de cuyos poemas me enamoré de inmediato.

Al lado de la casa de doña Rosario vivían los Londoño, cuyo hijo menor, Gustavo, un esquivo adolescente, comenzaba con timidez enfermiza a unirse a esos sábados, y enriquecía el repertorio con Cernuda y Aleixandre, y además con René Char y los *Poemas a Elsa* de Louis Aragon, dichos en francés y algunos fragmentos de *Anábasis* de Saint-John Perse, en la traducción de Jorge Zalamea. Leía también a Quevedo y a Manrique. Tan pronto como el verso salía de sus labios ese muchacho esquivo y amedrentado se convertía en un titán. La poesía lo transformaba, le daba una fuerza casi sobrehumana que desaparecía al volver al silencio.

Fueron ésas mis primeras imágenes sobre la relación entre los colombianos y la poesía. Luego hubo otras que la fortalecieron. Cada vez que converso con Álvaro Mutis, hable él de lo que hable, del clima, de un viaje reciente o futuro, de un episodio de su juventud, de un restaurante magnífico, de lo que sea, no deja que la literatura se aleje, hasta centrarse en ella con un júbilo que no recuerdo haber visto en nadie, y esa literatura, sea Dickens, Proust o Tolstoi, se transmuta de inmediato en poesía.

He advertido en la Feria del Libro en Bogotá esa unión religiosa, que sólo había conocido en Rusia o en Irlanda, creada por un público numeroso profundamente receptivo al escuchar a los poetas, no sólo a los suyos, a los nacionales, sino a los de toda nuestra lengua. Y he escuchado de amigos poetas que han participado en el Festival de Poesía en Medellín testimonios sobre la ebriedad producida por el Verbo, a los que difícilmente puede uno dar crédito.

Dos mexicanos excepcionales han celebrado la energía lírica que se mueve en el interior de la sociedad colombiana. En 1931, derrotado políticamente, vejado, obligado a exiliarse de México, José Vasconcelos hizo un recorrido por América Latina. En todos los países se le recibió calurosamente, sobre todo en Colombia, donde fue nombrado "Maestro de América". En esa ocasión, el Maestro declaró haber intuido que la poesía era el factor que unificaba a Colombia, lo único que podría salvarla. Una década atrás, el joven poeta Carlos Pellicer vivía en Bogotá. Llegó allí en diciembre de 1918, a los veinte años de edad, recorrió buena parte del país y se despidió de él en marzo de 1920. Había hasta entonces publicado sólo algunos poemas en revistas mexicanas y en Bogotá escribió su primer libro de poesía, *Colores en el mar*. Cada vez que Pellicer mencionaba esa estadía juvenil lo hacía con fervor: "mi amada ciudad Bogotá". "En Bogotá mi lengua era espontánea en todas partes y lugares". "Mi novia, la inolvidable ciudad de Bogotá". En esa ciudad entrañable descubre su propia voz y se aleja para siempre de la estética modernista. "Fue en Colombia y en la ciudad de Curaçao —dice— donde escribí los primeros versos con acento propio." De la proclividad de los colombianos a la poesía le resultó un manantial de figuras, a pesar de que los poetas

Guillermo Wiedemann, *Paisaje*, *ca.* 1940

nacionales, decía, estuvieran más bien como dormidos, "encajonados en una manida retórica decimonónica a la que no se deciden abandonar". Valencia podría ser un buen poeta modernista, pero la poesía no puede ni debe ser sólo Valencia.

El tiempo corrigió con creces esa paradoja de un país con decidida vocación lírica y poetas amedrentados por la ruptura. Es más, ya en la época que Pellicer estuvo en Colombia, un postmodernista, León de Greiff, había comenzado a descongelar la lírica colombiana con poemas magníficos y extraños publicados en periódicos y revistas de poca difusión. Pellicer no llegó a conocerlo, como tampoco lo conocían los poetas célebres de su país. La poesía no se detiene, no lo hace nunca. Fue despertando lentamente, dejó caer las capas de polvo que la entristecían hasta llegar a alcanzar una celeridad y una apetencia que no sólo se sació en los versos sino que permeó a la novela, al ensayo, a todos los géneros literarios.

Encuentros con Darío Jaramillo

Y aquí, sin apresurarse, en estas páginas comenzará a aparecer Darío Jaramillo Agudelo, quien en la *Historia de una pasión*, su hermosa declaración de amor a la poesía, a sus nupcias, a su larga, devota y feliz convivencia con ella, dice:

> …debo confesar que no entiendo mucho la diferencia entre los géneros literarios. Virginia Woolf decía que el único género literario era la poesía. La poesía convierte en literatura a la novela o al texto para la televisión, a la nota bibliográfica o a la crónica. La virtualidad de la palabra escrita para cortarnos la respiración, para hacernos parpadear de la sorpresa, para exorcizarnos, para sonreírnos hacia adentro, esa palabra que está en el poema, en el relato, en el anuncio publicitario o en el cine.

Mi amistad con Darío Jaramillo tiene diez años de existencia. Lo conocí en la Universidad de Boulder, Colorado, en el mes de septiembre de 1992. El profesor Raymond Williams, prestigiado hispanoamericanista, organizó un monumental congreso sobre temas diversos: la literatura, la historia, las cuestiones sociales y económicas de nuestro continente. Llegaron en esa ocasión centenares de invitados: académicos eminentes de las universidades norteamericanas, escritores, maestros, economistas y politólogos de muchas partes. Fue un maratón que terminó con un final excepcionalmente espectacular. Cada participante permanecía sólo dos o tres días en Boulder. Nadie podía seguir un tema de principio a fin. Los invitados leían una ponencia o dictaban una conferencia y tenían que marcharse. Todos los días se celebraban seis, siete o diez conferencias a la misma hora. La tarde que llegué al aeropuerto de Denver me esperaba un profesor para conducirme en su automóvil al hotel de la universidad. Me acompañó a registrarme y a dejar la maleta en mi habitación. No pude sino cambiarme de camisa y ponerme una corbata porque a esas horas el doctor Williams ofrecía una recepción a los escritores latinoamericanos, y debíamos ser puntuales. Al llegar, la casa rebosaba ya de invitados. Saludé a Williams y a su esposa y uno de los profesores me condujo a una pequeña terraza que daba al estupendo campus, donde encontré al grupo colombiano. Uno de ellos se me acercó y me saludó por mi nombre. Era Darío Jaramillo, de quien yo sólo había leído unos poemas publicados en una antología de Monte Ávila. Al día siguiente por la mañana nos llevaron a Denver, la ciudad más importante de Colorado, para mostrarnos "una de las más grandes librerías del país". En el autobús me senté junto a Darío y conversamos sobre literatura, por supuesto, y sobre posibles amigos comunes en Colombia y México. A nuestro lado estaba sentado un ex presidente de Colombia con uno de sus ayudantes. Darío se presentó a él y comenzó correcta pero muy vivamente a exponer sus ideas para derrotar al narcotráfico en su país. El ex mandatario refutaba con lenguaje oficial y solemne las posiciones del escritor, pero éste se manejó con tal inteligencia y expuso tan irrebatibles argumentos que aquel hombre de Estado comenzó a retractarse hasta llegar a convenir en todo con Jaramillo. "Sólo —le dijo— que ningún país latinoamericano podría aceptarlas sino hasta que un presidente de los Estados Unidos las pusiera ya en práctica. Esta gente aca-

baría con cualquier país que propusiera medidas que a ellos les parecieran heterodoxas.” El Imperio es el Imperio, ya se sabe.

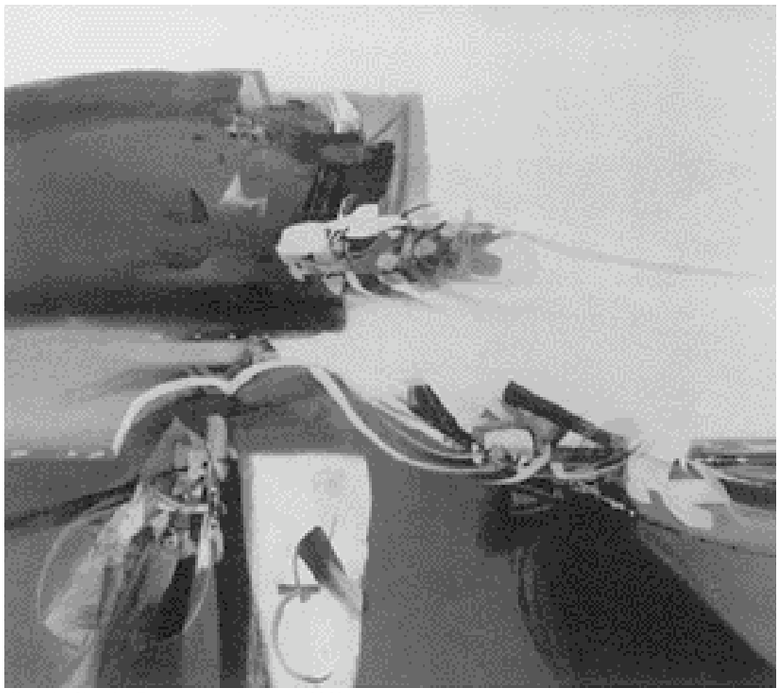
Luego visitábamos la librería. Era, en efecto, inmensa, pero había allí poquísimos libros que valieran la pena. Todo, en cada uno de los pisos, era desperdicio. ¡Una crasa vulgaridad si se la compara con la antigua Buchholz de Bogotá! Me parece que los colombianos salieron esa tarde de Boulder y que yo permanecí aún dos días más. La atmósfera se transformó en unas cuantas horas. Todas las salas y los corredores de la universidad se llenaron de personajes espantosos, sin el menor aspecto de maestros o de alumnos; todo lo contrario. Para entrar a leer mi conferencia tuve que presentarle a uno de ellos mi pasaporte. Al despedirme del profesor Williams le pregunté qué estaba ocurriendo, por qué se sentía esa plúmbea tensión en el congreso, quiénes eran esos patanes con caras y modales de sicarios. Me comentó que posiblemente Gabriel García Márquez llegaría a Boulder para asistir a la ceremonia de clausura y que corría el rumor que unos cubanos de Miami tenían preparada una magna provocación que arruinaría ese congreso en el que toda la universidad había participado ampliamente.

Al llegar al aeropuerto de México entré a un local para comprar los periódicos. En ellos estaba la noticia de que Salman Rushdie, el escritor inglés de origen indio a quien el Ayatolah Jomeini, jefe religioso y político de Irán, había condenado a muerte, había abandonado su refugio en Inglaterra y aparecido en una universidad d e Estados Unidos después de muchos años de ɹeclusión secreta con protección policiaca. El escenario había sido la clausura de un congreso en la Universidad de Boulder.

De la visita a Boulder guardo como mejor recuerdo la primera conversación con Darío y, sobre todo, su diálogo con el ex presidente de la república de Colombia. A partir de entonces comencé a leer y releer, libro por libro, su magistral obra poética y narrativa.

Hemos coincidido después en varios lugares.

Una vez fue en Xalapa, la ciudad donde yo vivo. Llegó para presentar en una feria del libro la edición de ERA de *Ca rtas cruzadas*, que lo dio a conocer en México como narrador. Elena Poniatowska lo acompañó en el viaje, y leyó un magnífico y apasionado texto de presentación.



Alejandro Obregón, *Fuga y muerte de alcatraz*, 1963

Otra, en Madrid, donde llegó con María Luisa Blanco al café del hotel Suecia. Nuestra mesa estaba situada al lado de una ventana que daba exactamente frente a la librería Dédalo, cuyo propietario es un colombiano de gusto y cultura impresionantes. Después del café les propuse visitar esa librería, donde los bibliófilos con intereses en literatura e historia latinoamericanas se sienten como en su reino. Pocos días antes, el librero había adquirido la biblioteca de Mariano Brull, el poeta cubano más radical de toda la vanguardia en lengua castellana. La librería estaba, por eso, colmada de infinidad de primeras ediciones, muchas de ellas con dedicatorias y firmas de los autores. Tuve en las manos las primeras ediciones de López Velarde, Tablada, Arévalo Martínez, Vargas Vila, también los primeros e inencontrables libros de poemas de Cardoza y Aragón, la *Visión de América*, de Alfonso Reyes, en la Colección Índice de Juan Ramón Jiménez. Darío estaba extasiado, y reservó muchos títulos, entre otros algunos de historia de Colombia que

...leía *Cantar por cantar*, el último poemario de Darío, impresionado por el cambio de tono de aquellos primeros poemas bendecidos por una capacidad de juego y tamizados por el exaltado asombro de la primera juventud.

Pedro Nel Gómez, *Bañista*, 1963

—comentó— hubiera difícilmente podido encontrar en su país, todo ello para la Biblioteca Arango, una de las instancias que componen la red cultural que el poeta dirige desde su vicepresidencia en el Banco de la República, en Bogotá.

La siguiente ocurrió en Bogotá, de regreso de unas conferencias que dimos R.H. Moreno Durán y yo en Medellín. Darío detectó mi estancia en esa ciudad de su niñez y adolescencia y me invitó a hacer una lectura en Bogotá. Al día siguiente de darla fuimos a comer con el grupo de amigos íntimos con quienes publica las ediciones Brevedad, por puro y verdadero placer, bellísimos pequeños libros entre los cuales hay uno de poemas de Eugenio Montejo y otro de César Aira.

Después fue Buenos Aires, también por azar como en Madrid, pocos días antes del estruendoso derrumbe de Argentina. Nos encontramos en una librería donde un escritor mexicano presentaba su última obra. Darío llegó con César Aira, quien al final del acto nos llevó a cenar a un local cercano. Me parece que Darío acababa de llegar ese día y al siguiente tenía que ir a un encuentro de escritores en Rosario o Tucumán. Había caminado todo el día, visitado librerías y se le veía regocijado por la dinámica visión de las calles bonaerenses; la cercanía de Aira, del cual ambos somos fervientes admiradores, potenció la felicidad del encuentro.

La última, hace un par de meses, fue en San José de Costa Rica, invitados por Álvaro Mata Guillé para participar en su anual *Simposio sobre Libertad y Poesía*. Nos habían hospedado en un hotel de los años treinta o cuarenta del siglo pasado construido por suizos, enclavado en medio de un pinar inmenso, cubierto al caer la tarde por una espesa neblina. El panorama y las mismas estructuras de los edificios se convertían a esas horas en escenarios de las lóbregas novelas góticas inglesas del XVIII o de sus contemporáneos los románticos alemanes. Sí, estábamos en el mundo de M.G. Lewis o de Hoffmann y Kleist. El hotel quedaba a hora y media de San José. La lejanía de aquella "montaña mágica" resultó el lugar más propicio para charlar. En el hotel se instaló también el novelista venezolano Ednodio Quintero; los otros invitados al coloquio prefirieron quedarse en los hoteles de la capital. Éramos tres hombres de letras que tomaban café mientras hablaban de su escritura, sus lecturas, dificultades y proyectos. Ya de noche, en mi habitación, leía *Cantar por cantar*, el último poemario de Darío, impresionado por el cambio de tono de aquellos primeros poemas bendecidos por una capacidad de juego y tamizados por el exaltado asombro de la primera juventud. *Cantar por cantar* es un libro de plena madurez, en la línea de los estoicos, de un rigor ascético, en el mejor sentido de la palabra. Allí el poeta no dialoga con su entorno como en los otros libros, sino consigo mismo, o con instancias abstractas: la soledad, la memoria, es decir, otra forma de hablarse a sí mismo. Es notable que teniendo una carga intensa de melancolía, esos nuevos poemas no dejen de ser oblicuamente celebratorios. Veamos:

Canción

Aquí conmigo, un primero de octubre, tarde líquida
[de sangre y agua y saliva,
aquí conmigo, en la noche de hotel y en el aliento
[del brandy y el café,
aquí conmigo, domesticada y sin ansias, hecha de
[despojos,
aquí conmigo mi soledad, materia inerte, ya sin queja
[y sin tremor:
con ella no escondo cartas entre la manga, no tengo
[cartas, no tengo mangas, estoy desnudo
con mi música, aquí conmigo, lejos del apresuramiento
[y de las balas,
ajeno al acoso de la cita y del teléfono, incólume tras

[el descendimiento a los infiernos.
Me pongo la máscara, me quito la máscara, busco
[otra máscara,
voy descarándome.
Perdí mi rostro y lo recojo ahora,
en esta noche de hotel, cuando mi soledad se vuelve
[tibia,
transparente
y repaso sereno las agonías:
¿Adónde he quedado yo, tras tanta máscara?
Sólo el miedo permite seguirme tras el tiempo,
si bien cabe atribuirlo todo a una conjura:
¿Alfileres sobre una foto mía? ¿Un rezo? ¿Malas artes
[de la brujería y el halago?
Mentiras. Soy el dueño de mis dichas y mi miedo
y de unos blancos senos que ocupan cinco años de
[mi vida.
Y ahora, aquí conmigo ahora, en esta medianoche,
está ella silente como un gato, mi soledad llena de
[pasadizos
como un hormiguero abandonado.

Poemas y novelas

En la década de amistad que llevo con Darío Jaramillo Agudelo he leído toda su obra publicada, lo que me ha permitido reconocer algunos de sus procedimientos literarios y sus constantes temáticas, y a través de intermitentes conversaciones he podido conocer trazos de su vida y desarrollo de su creación.

Sé, por ejemplo, que a partir de los cinco años su padre le leía sonetos de Lope, rimas de Bécquer, poemas de Silva, y el niño entraba en un total encantamiento al oír ese conjunto de palabras rimadas. Eran canciones sin música, u otra música que no era la obvia, lo que hacía que las palabras le resultaran más sorprendentes.

Ya en la adolescencia, en un momento supo que la poesía era lo más importante en su vida, y que iba a serlo para siempre. Leyó toda la poesía que encontró, en especial la de León de Greiff y poco después descubrió a Aurelio Arturo, quien mantiene aun hasta ahora un papel predominante en su poesía.

A partir de los dieciocho años empezó a escribir poemas y a los veintiséis apareció su primer libro, *Historias* (1974). Como lo sugiere el título se trata de un intento de llegar a la poesía a través de técnicas aparentemente narrativas. Pero desde que empezó a escribirlos advirtió que la narración era un mero pretexto, que lo importante eran las palabras, su sonido, el ritmo, la colocación de ellas en cada verso, en cada estrofa, en el poema entero.

Su segundo poemario, *Tratado de retórica* (1978), fue un paso más en el intento de sacudirse de un pasado, romper con firmeza la severidad y solemnidad de la triste herencia de una corriente colombiana de la que sólo unos cuantos poetas lograban escapar. La lectura de los anti-poemas de Nicanor Parra potenció la apertura que el joven Jaramillo buscaba. El rigor en el lenguaje fue desde entonces para él una de las armas más eficaces para construir y afinar el camino elegido.

Pero quizás el reto más difícil que se ha impuesto fue en 1986 al publicar un siguiente libro, *Poemas de amor*. La palabra amor, a secas, ha perdido desde hace décadas mucho de su prestigio, a menos que tenga a su lado un calificativo que le imprima una coloración determinada. Ese título escueto [*Poemas de amor*] parecía un juego, una parodia, o un rescate ingenioso de esos grumos de cursilería que se esconden en los pliegues profundos de nuestro ser. Pero los poemas de amor de Jaramillo Agudelo no tienen nada de eso. Son grandes poemas, excepcionalmente rigurosos. Con ellos su autor dio un salto envidiable a la libertad, a otro grado superior de la libertad.

Cantar por cantar (2004), el más reciente libro suyo, ha ganado en hondura. Sus poemas son intensos y desnudos. En ese libro se conjugan todos los atributos que ha mostrado en los más de treinta años de convocar a la poesía, de ponerse a su sombra, de internarse en su seno. Es uno de los grandes libros de nuestro idioma. Todo lo que antes ha escrito queda inserto en esos poe-

Miguel Díaz Vargas, *Mercado*, s/f

... sé que hubo un día en que supe que era la poesía lo que más me importaba, lo que más me importaría en la vida. La poesía en su sentido más amplio y desaforado, la ebriedad sin tiempo de una boca amada...

mas pero elevado a una mayor potencia. *Cantar por cantar* se puede leer como la historia de una vida, una autobiografía clara y al mismo tiempo secreta.

Desollamientos

"…the seafaring man with one leg…"
(R.L. Stevenson)

Sin pie mi cuerpo sigue amando lo mismo
y mi alma se sale al lugar que ya no ocupo,
fuera de mí:
no, no hay aquí símbolos,
el cuerpo se acomoda a la pasión
y la pasión al cuerpo que pierde sus fragmentos
y continúa íntegro, sin misterios incólume.
Contra la muerte tengo la mirada y la risa,
soy dueño del abrazo de mi amigo
y del latido sordo de un corazón ansioso.
Contra la muerte tengo el dolor en el pie que no
[tengo,
un dolor tan real como la muerte misma
y unas ganas enormes de caricias, de besos,
de saber el nombre propio de un árbol
que me obsede,
de aspirar un perdido perfume que persigo,
de oír ciertas canciones que recuerdo a fragmentos,
de acariciar a mi perro,
de que timbre el teléfono a las seis de la mañana,
de seguir este juego.

Es poco habitual que un poeta sea también un novelista. Hay una amplia cauda de poetas que pueden escribir magníficos ensayos y obras teatrales, pero no novelas. Darío Jaramillo aplica su experiencia lírica a la novela. Para él toda experiencia notable es poesía, y toda escritura seria es una derivación poética. Se sirve de cartas, ya que desde siempre considera esa escritura una de las formas más perfectas del poema. *La muerte de Alec* (1983), publicada entre *Tratado de retórica* y *Poemas de amor*, me parece un prodigio. Pertenece a ese género, la novela corta, que ha producido quizás el mayor número de obras maestras en la narrativa. La de Darío Jaramillo desde el primer párrafo hasta el último está alimentada por la literatura, los libros comentados en su interior tienen casi tanta importancia como los protagonistas. El texto es una carta de unas cien páginas, donde el autor es personaje y testigo de una misteriosa muerte por agua de un joven recién conocido. En un momento la trama de la novela se va intrincando con uno de los más excepcionales relatos que puedan existir: *Casa inundada*, de Felisberto Hernández. *La muerte de Alec* sólo deja sentir su poder, como los textos clásicos, o el relato de Hernández, o los grandes poemas, en una o varias relecturas.

Doce años después de haber publicado la novela breve, en 1995, aparece una de volumen imponente, *Cartas cruzadas*, cuya elaboración le llevó cinco o seis años. Es la historia de un puñado de jóvenes unidos por la amistad, el parentesco y el amor, y la transformación de ellos a través de una década. Su vida transcurre en un tiempo donde el gran desarrollo económico se hermana con la mayor corrupción de su país: la era del narcotráfico, en Medellín sobre todo, ciudad donde esos jóvenes tienen ancladas sus raíces. *Cartas cruzadas*, ya el título lo insinúa, es una novela epistolar. Todos saben de todos a través de una correspondencia fluida y permanente. Un personaje, el mejor librado de todos, Esteban, amplía las noticias a través de un diario personal. Al final, ninguno de ellos puede considerarse un triunfador; los que no quedaron triturados podrían a lo sumo considerarse como sobrevivientes. El marco en que se mueven lo dicta el narcotráfico, aunque algunos de ellos jamás lleguen a sospechar que están tan cerca de ese juego altamente riesgoso. *Cartas cruzadas* amplió la presencia de su autor fuera de Colombia. La compleja coordinación entre lo cotidiano, lo académico, lo sexual, lo fraternal con un frente enemigo e invisible, reclutado desde los bajos fondos hasta ciertos estratos de las alturas financieras, es uno de los logros del novelista. Otro consiste en la ausencia de una fácil moralina que por lo general conlleva ese tema, en cambio por la escritura y el trazo novelístico es auténticamente moral.

En *Memorias de un hombre feliz* (2000), hasta ahora su última novela, las cartas son sustituidas por un diario,

una misiva dirigida a quien lo escribe. Sí, es el diario de un marido sojuzgado y anulado que después de largos años casado acaba por asesinar lenta y gozosamente a su mujer. Sin lo espectacular del tema de la novela anterior, el retrato, que mucho tiene de genérico, de una capa de la sociedad colombiana es aún más arteramente crítico que en la otra. Las *Memorias* recuerdan el desparpajo de las espléndidas primeras novelas de Evelyn Waugh, donde el lector presencia sin ninguna aflicción el desastre moral de un mundo que se mueve como barco a la deriva. Y no sólo no se aflige sino que se divierte espléndidamente por saber que esa sociedad se merece todo eso y aún más. En esta novela se suscita un juego excelente y preciso entre la elegante comedia de modales a la inglesa, la parodia, el esperpento y una sensación subliminal de justicia divina. No es la novela de Darío Jaramillo más importante pero es la que personalmente prefiero. La maleabilidad narrativa de Darío Jaramillo es notable. Cada una de sus novelas obedece a una poética diferente, en contraste con su poesía. En los poemas se van fijando escalas, y en cada una de ellas la palabra se ahonda y desnuda implacablemente. El pasado se rescata, pero también el poeta hurga y descubre nuevos mundos alojados en su interior. Por supuesto, hay variaciones, flujos y reflujos, extensiones. Al final, todo confluye en el resultado de una milagrosa suma ontológica.

Me parece evidente que el autor requiere dos conductos para expresarse. Y que en los años dedicados a la narrativa transfiere su atención hacia el entorno, los compromisos y distracciones del mundo. Pero de la construcción de ese espejo cóncavo o convexo que refleja la visión exterior él preserva una zona angustiosa o celebratoria que mantiene exclusivamente para sí mismo. De esos momentos concentrados surgen sus últimos poemas.

Coda

He leído en suplementos y revistas culturales colombianos, españoles y mexicanos excelentes entrevistas con Darío Jaramillo. Me refiero a las conversaciones con críticos cultos, poetas a veces, y siempre me asombra el hecho de que en sus respuestas no intenta aturdir al lector con dicterios globales. Dice lo que a él le parece la poesía y por qué, y no dictamina cuáles son los procedimientos con los que inevitablemente la escritura se convierte en poesía, y cuándo no lo es. He leído en Eliot, Yeats, Huidobro y varios otros, todos escritores prodigiosos, definiciones de la poesía y de la creación poética absolutamente autocráticas, de una soberbia más que imperial y poco respetuosa hacia poetas que siguen lineamientos diferentes a los suyos. Son pocos los que difieren de ese patrón absolutista. Peores aún, pueden ser los estudiosos de la poesía, salvo una minoría admirable.

En *Arte poética*, seis conferencias que Borges dio en la Universidad de Harvard durante el curso 1967-1968 y publicadas en español apenas en el año 2000, puede uno leer:

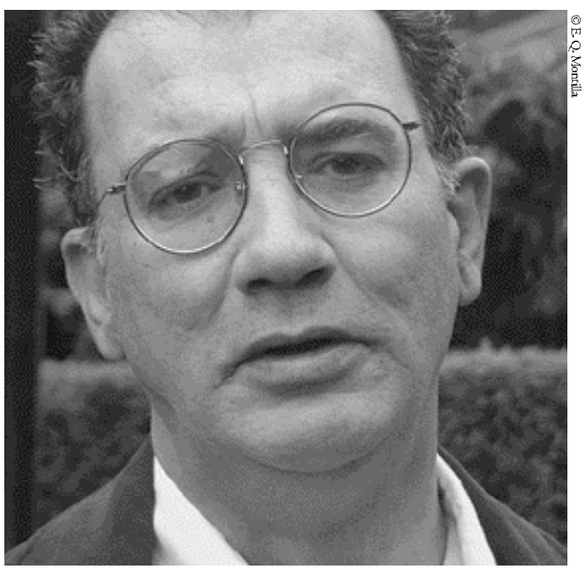
> Siempre que he hojeado libros de estética, he tenido la incómoda sensación de estar leyendo obras de astrónomos que jamás hubieran mirado las estrellas. Quiero decir que sus autores escribían sobre poesía como si la poesía fuera un deber, y no lo que es en realidad: una pasión y un placer.

Y líneas más abajo, en el mismo párrafo, concluye:

> …buscamos la poesía: buscamos la vida. Y la vida está, estoy seguro, hecha de poesía. La poesía no es algo extraño: está acechando, como veremos, a la vuelta de la esquina. Puede surgir ante nosotros en cualquier momento.

Y Darío Jaramillo en su *Historia de una pasión* describe esa misma relación del poeta con lo que lo acecha a la vuelta de la esquina: la poesía:

> …sé que hubo un día en que supe que era la poesía lo que más me importaba, lo que más me importaría en la vida. La poesía en su sentido más amplio y desaforado, la ebriedad sin tiempo de una boca amada, el aroma de un eucaliptus, el laberinto interno de tu reloj de cuarzo, de tu procesador de datos, un atardecer, un gol, un sorbete de curuba, una voz familiar, Mozart, entender una cosa nueva, una crema de ostras, el galope de un caballo, en fin, tantas cosas que son la poesía en su más amplio sentido. Y luego, también, más tarde, digamos en 1962 o 1963, la pasión en su sentido más restringido, o sea la capacidad de alucinar con la palabra escrita.



© E. Q. Montilla